

# La construcción social del socioconstruccionismo: retrospectiva y perspectivas

## *The social construction of social constructionism: retrospective and prospect*

Tomás IBÁÑEZ

Universidad Autónoma de Barcelona  
Facultad de Psicología  
Departamento de Psicología de la Salud i Social  
tomas.ibanez@uab.es

### RESUMEN

*Con el fin de realizar un somero balance del momento actual del construccionismo social se procede, en primer lugar, a trazar las condiciones históricas que presidieron a su constitución, vinculándolas a la crisis de la psicología social y a las causas, epistemológicas y sociales que la propiciaron. En segundo lugar, se analizan las posibles razones de su rápida difusión y consolidación en el seno de la disciplina, destacando, entre otros factores, su carácter de «movimiento» más que de cuerpo teórico dotado de una fuerte coherencia interna y de contornos bien delimitados, así como su sintonía con las corrientes más innovadoras del pensamiento contemporáneo, y su conexión con los cambios sociales más recientes. En tercer lugar, se recogen los principales efectos positivos que esta orientación ha producido en el seno de una psicología social que se ha visto obligada, por ejemplo, a ensanchar considerablemente sus márgenes de tolerancia respecto de ciertos planteamientos investigadores alejados de la ortodoxia disciplinar. En cuarto lugar, se apuntan distintas críticas que se pueden dirigir al socio construccionismo, en términos de un excesivo laxismo y de una posible pérdida de sensibilidad crítica. Por fin, se mencionan dos cuestiones que requieren ser afrontadas con cierta urgencia, se trata por una parte de los efectos que ha producido sobre el propio construccionismo social su centración sobre la discursividad, y, por otra parte, su descuido de la dimensión política de sus propias teorizaciones y de sus propias prácticas.*

### ABSTRACT

*In order to strike a brief balance of social constructionism present state, we sketch, in the first place, the historical conditions of its emergence, getting back to the «crisis» in social psychology, and to the epistemological and social causes, which originated that crisis. Secondly, we analyze the reasons which account for its rapid diffusion and consolidation in the field of the discipline, underlining, among other factors, its configuration as a «movement», in stead of a theoretical body with a strong internal consistency and clearly delimited boundaries. Its proximity to some of the most innovative trends of contemporary thought, and its connections with recent social changes, are emphasized as well to this respect. In the third place, we mention some of the positive effects that this orientation has promoted inside a discipline, which had no other choice than to enlarge considerably its tolerance threshold toward*

*some unorthodox research practices. In the fourth place some critical points against constructionism are made, especially around its excessive laxity and its loss of critical sensibility. Finally, we focus upon two questions which requires to be urgently taken into consideration, namely, the negative effects that social constructionist focalization on discursivity has produced upon itself, and the neglect of the political dimension of its own theoretical and practical work.*

A lo largo de estos últimos años la orientación socioconstruccionista se ha afianzado de manera muy notable en el seno de la Psicología Social, y esto se evidencia de múltiples formas. Valga como botón de muestra el volumen, ya considerable, alcanzado por las publicaciones generadas desde esta orientación, o el importante número de investigadores/as que se reclaman de ella en distintos países. Valga también el hecho de que nadie, en la disciplina, pueda pasar por alto su existencia, y que no haya otra alternativa que la de estudiarla y conocerla, con mayor o menor detalle, aunque sea para proclamar que conviene ignorarla. Pero lo más llamativo es, quizás, que algunos de sus presupuestos están influyendo, y se van incorporando, aunque sea en dosis homeopáticas, en el seno de las demás orientaciones.

Se habló, en su momento, de la emergencia de una «nueva orientación» que pugnaba por abrirse un espacio en la Psicología social, hoy esa orientación ya ha perdido su aura de «novedad», y pertenece a la historia reciente de la disciplina. También se habló de una orientación «alternativa», hoy el socioconstruccionismo ha abandonado los márgenes de la disciplina para situarse a una distancia de sus núcleos centrales que, sin ser del todo cercana, tampoco aparece como desmesurada. Aunque sea anecdótico resulta llamativo, por ejemplo, que el último Congreso Nacional de Psicología Social (Málaga 2003) se haya celebrado bajo un lema que reza: «Construyendo encuentros».

Hace tan solo unos pocos años, lo único que se podía hacer era especular sobre las posibles aportaciones de esa «nueva» orientación y conjeturar acerca de cual podía ser su futuro en la disciplina ¿se consolidaría? ¿se desvanecería más o menos rápidamente? ¿se mantendría como un pequeño reducto condenado a la marginalidad? Hoy el margen para las especulaciones se ha reducido considerablemente, y parece que hayamos entrado ya en el tiempo de las valoraciones y de los balances.

Pero no hay balances posibles sin mirada histórica, y quizás sea útil recordar muy brevemente como y porque se fue construyendo esta orientación.

Como es bien sabido, sus antecedentes más directos se hallan en el fuerte cuestionamiento interno al que fue sometida la propia disciplina hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta, en el periodo de la, así llamada, «crisis de la Psicología Social». Se desarrolló entonces un doble cuestionamiento de los principales supuestos metodológicos, teóricos, y también prácticos de la disciplina. La primera vertiente de este doble cuestionamiento, que podríamos calificar como «epistemológica», se focalizó sobre la denuncia de la asunción acrítica de los postulados positivistas y neo positivistas por parte de la disciplina. La segunda vertiente, de naturaleza más «política», se dirigía a la nula implicación social, y a la escasa utilidad práctica de las aportaciones realizadas por la investigación psico sociológica.

El cuestionamiento epistemológico se nutría, en buena medida, de la espectacular quiebra del positivismo lógico, víctima de sus propias aporías, honestamente reconocidas, todo hay que decirlo, por alguno de sus más insígnis representantes, y víctima también de ciertas aportaciones de algunas ciencias punteras. Pero también tomaba algunos de sus argumentos a partir de los incipientes desarrollos de la filosofía analítica de Oxford inspirada en las «Investigaciones filosóficas» de Wittgenstein.

El cuestionamiento político conectaba muy directamente con el clima contestatario que se había extendido por numerosos campus universitarios, así como con una agitación social que encontraba en la juventud uno de sus principales protagonistas, y con el inicio de una profunda recomposición de los movimientos sociales.

Sin embargo, habrá que esperar hasta los primeros años de la década de los ochenta para que

la intensa actividad crítica desarrollada en los años anteriores desemboque finalmente sobre unas propuestas mucho más elaboradas que prefiguran ya el «construccionismo social».

El papel desempeñado por Kenneth Gergen en la formulación de estas propuestas es, a todas luces, crucial. En 1982 Gergen publica, bajo el título de *Toward transformation in social knowledge*, un libro, de un rigor epistemológico y de una densidad filosófica poco habituales en el ámbito de la Psicología Social, que testimonia de la seriedad y de la solidez de la nueva agenda que se estaba elaborando. Bien es cierto que la expresión «construccionismo social» aún no se utiliza en ese libro para denominar la propuesta teórica que en él se presenta, y que será preciso esperar a la publicación en 1985 de un sonado artículo, firmado por el mismo autor y titulado «The social constructionist movement in modern psychology», para que dicha expresión alcance cierta notoriedad pública y pase a designar definitivamente la nueva propuesta.

A partir de esa fecha, tan próxima al momento presente puesto que ni siquiera han transcurrido dos décadas, el auge y la expansión del construccionismo social va a ser realmente espectacular. Pero de la misma forma en que para entender los antecedentes de esta orientación es preciso salir de los estrechos límites de la propia Psicología Social y lanzar una mirada hacia lo que estaba aconteciendo en el ámbito de la filosofía de la ciencia, o hacia lo que estaba ocurriendo en la vida social, también resulta imprescindible operar el mismo descentramiento para entender la vitalidad de la que ha hecho prueba el «construccionismo social» y para dar cuenta de su amplia aceptación.

No creo equivocarme al afirmar que el «socioconstruccionismo» no habría conseguido consolidarse, ni presentaría las características que lo definen actualmente, si el clima intelectual de finales de los años setenta y principios de los ochenta no hubiese estado marcado por un conjunto de aportaciones que, pese a su diversidad, presentaban un inequívoco «aire de familia». Me estoy refiriendo a los planteamientos de Michel Foucault, por una parte, a los desarrollos del segundo «giro lingüístico» protagonizado por la escuela de Oxford, por otra parte, pero también al resurgir del «pragma-

tismo» de la mano de Richard Rorty, así como al auge del «post estructuralismo», sin olvidar la constitución del «paradigma de la complejidad», ni tampoco la creciente atención prestada a «la discursividad» y a los planteamientos «post modernos». Es decir, en definitiva, a la construcción de un contexto intelectual que permitió enriquecer considerablemente la agenda teórica inicialmente propuesta por el construccionismo social, al mismo tiempo que facilitaba su aceptación por parte de quienes, dentro de la disciplina, se mostraban sensibles a una o varias de las mencionadas aportaciones contemporáneas.

Sin duda alguna, tanto la facilidad con la cual el socioconstruccionismo se dejó impregnar por esas aportaciones, como su capacidad para enrolar en sus filas a buena parte de quienes simpatizaban con ellas, se debieron al acierto que tuvo Kenneth Gergen cuando definió al construccionismo social como un «movimiento» es decir como un conjunto de elementos teóricos en progresión, laxo, abierto, y con contornos cambiantes e imprecisos, más que como una doctrina teórica fuertemente coherente y bien estabilizada. Dicho con otras palabras, el acierto consistió en privilegiar la dimensión instituyente del socioconstruccionismo por encima de su dimensión instituida, o su carácter de «proceso» en desarrollo por encima de su carácter de «producto» más o menos acabado. Simple diferencia de énfasis, si se quiere, pero diferencia consonante con los propios supuestos epistemológicos que nutrían al construccionismo social, y que inducía a pensar esta orientación mediante la metáfora de un archipiélago más o menos disperso, en lugar de recurrir a la metáfora de un macizo continente teórico.

Tampoco se conseguiría entender del todo las razones de su rápida difusión y de su fulgurante consolidación en la disciplina si no se tomasen en cuenta las transformaciones experimentadas por el propio tejido social a lo largo de este último cuarto de siglo. Transformaciones que beneficiaban al construccionismo social no solo porque éste se encontraba mejor equipado que las viejas orientaciones para abordarlas y para explicarlas, me estoy refiriendo, por ejemplo, a la nueva configuración de la identidad, o a los nuevos ejercicios del poder, o a la aparición de nuevos movi-

mientos sociales y a la emergencia de nuevas prácticas sociales, sino también porque desde algunos de esos nuevos objetos sociales se realizaban aportaciones y se elaboraban saberes que enriquecían directamente el socioconstruccionismo, como ocurrió, por ejemplo, con las aportaciones de los nuevos movimientos feministas.

Transecurridos estos veinte años escasos, ¿cual es el balance que se puede hacer en relación con los logros y aportaciones del construccionismo social? Muy someramente, y sin entrar en formulaciones concretas, creo que se puede atribuir al socioconstruccionismo los siguientes resultados y efectos:

- el haber conseguido alentar una permanente e incisiva sensibilidad crítica en relación a los diversos procedimientos de autolegitimación articulados por las corrientes tradicionales y dominantes de la Psicología Social. Cuando esta sensibilidad crítica se nutre, además, de un fuerte bagaje de conocimientos epistemológicos y filosóficos, se torna muy difícil no solamente defender las conclusiones sobre las que desembocan dichos procedimientos, sino también argumentar convincentemente la propia aceptabilidad de los mismos.

- el haber forzado, ensanchándolos considerablemente, los espacios de legitimación de la propia disciplina, para así dar cabida a metodologías de investigación, a planteamientos teóricos, y a intereses investigadores que no hace tanto tiempo habrían sido vehementemente descalificados. Gracias, en parte, al socioconstruccionismo, los grados de libertad de los que se dispone para producir conocimientos legítimos en Psicología Social se han incrementado notablemente.

- el haber contribuido a tornar más permeables las fronteras disciplinarias, impulsando flujos de intercambio con la Sociología, la Antropología, la Filosofía, o la Lingüística por ejemplo.

- el haber realizado aportaciones sustantivas en la investigación de un amplio conjunto de fenómenos psicosociales, entre los cuales solo mencionare aquí unos pocos como son por ejemplo la identidad, la subjetividad, la discriminación o las relaciones interpersonales.

- el haber elevado el grado de sensibilidad hacia la dimensión política de las diversas

prácticas, de investigación u otras, que se desarrollan en y desde la propia Psicología Social.

- el haber constituido una importante red de soportes de publicación susceptibles de acoger los textos que no encajan en los parámetros estándar de la disciplina. Tan solo citaré aquí la colección de libros socioconstruccionistas de la editorial Sage, o la excelente revista *Theory and Psychology*.

Sin duda alguna, se podría ampliar la relación de las contribuciones, para mí, positivas que debemos a la consolidación del socioconstruccionismo, pero quizás sea preferible centrarnos ahora sobre las sombras que acompañan a esta orientación.

Una de las debilidades del construccionismo social proviene de aquello mismo que le ha dado parte de su fuerza y que ha realizado el interés que presenta. Me estoy refiriendo a su flexibilidad, a su carácter abierto y a su configuración como un «movimiento» más que como una doctrina teórica dotada de una fuerte coherencia interna. En efecto, la capacidad que ha tenido, y que sigue teniendo, el socioconstruccionismo para acoger en su seno formulaciones y planteamientos tan diversos, ha generado varios efectos problemáticos. El primero, ciertamente bastante intrascendente, consiste en haber adquirido poco a poco cierta apariencia de cajón de sastre, donde casi todo tiene cabida. Tierra de asilo para lo que se encuentra excluido de la psicología social estándar, el socioconstruccionismo tiende a absorber y reflejar todos los colores del arco iris. Pero esta apariencia, que solo puede indisponer a quienes sienten predilección por las totalidades bien homogéneas, conlleva sin embargo otros efectos más preocupantes, como son, por ejemplo, las dificultades para encarar seriamente las divergencias, y en algunos casos, las contradicciones entre los diversos planteamientos que conforman el construccionismo social, intentando apurar el potencial que encierra su confrontación para avanzar hacia formulaciones más satisfactorias. La fragmentación y el eclecticismo no son malos en sí mismos, pero suelen inducir un laxismo que impide tomar en serio las diferencias y extraer de ellas el máximo provecho.

Ocurre, por otra parte, que cada una de las orientaciones y de los campos de investiga-

ción que conforman la galaxia construccionista va extendiendo su propio dominio de intereses, desarrollando ramificaciones que si bien quedan incluidas en el seno del socioconstruccionismo porque así lo está el núcleo del que surgen, pueden presentar características que nada tienen que ver con los presupuestos construccionistas. Esto es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con algunas líneas del análisis conversacional desarrolladas a partir de la psicología discursiva.

Por fin, la propia especificidad de las diversas orientaciones que conforman el socioconstruccionismo genera unas tensiones entre ellas que cuestionan la cohabitación en un mismo marco teórico y amenazan con hacerlo estallar en islotes inconexos.

Otra de las debilidades actuales del socioconstruccionismo proviene, ella también, de aquello mismo que hizo su fuerza, me estoy refiriendo en este caso a su rápida y fuerte consolidación en el seno de la disciplina y a su reconocimiento como una de las corrientes legítimas de la Psicología Social. Esta misma consolidación, necesaria para poder subsistir y desarrollarse en condiciones aceptables, erosiona notablemente la potencialidad crítica del socioconstruccionismo. En efecto, algunos de los que se integran actualmente en la disciplina, o que lo hicieron en fechas recientes, se enrolan en las filas construccionistas con la misma aceptación acrítica de sus presupuestos que caracterizaba a quienes se adscribían a las corrientes dominantes. Hoy, enrolarse en las filas construccionistas es acogerse a las herramientas de poder propias de una orientación que proporciona, al igual que las orientaciones dominantes de la Psicología Social, aunque en menor cuantía, medios de publicación, plazas universitarias y recursos para la investigación. Se difumina así ese ímpetu crítico que animaba a quienes apostaban por construir el socioconstruccionismo desde los riesgos de una posible marginación. Sin olvidar que los propios promotores de esa orientación gozan ellos también de unas posiciones de poder susceptibles de atemperar sus proclividades críticas.

Quizás sea esta la irremediable suerte de todo proceso instituyente suficientemente exitoso, pero conviene saber en que momento de su progresiva institución esos procesos insti-

tuyentes han perdido ya una parte suficiente de su razón de ser para que merezca la pena considerar su abandono, o incluso, para que sea preciso volver en su contra los fusiles metafóricos que se emplearon en su defensa.

No estoy convencido de que haya llegado ese momento, pero de lo que sí estoy seguro es de que la operación de desmantelamiento del socioconstruccionismo contará con muchos aliados, y muy especialmente con todos aquellos que no pudieron sino asistir, impotentes, al auge de algo que aborrecían. Estos son los aliados junto a los cuales nunca habría que caminar, porque si se trata de emprender en algún momento el desmantelamiento del socioconstruccionismo, será para construir con nuevas propuestas y con algunos de sus restos un nuevo movimiento que extreme los impulsos iniciales que le animaron y consiga proyectarlos más lejos de lo que él mismo supo hacer.

La verdad es que no faltan argumentos para considerar de forma eminentemente crítica las actuales limitaciones del socioconstruccionismo, y me gustaría destacar a este respecto dos líneas argumentativas.

La primera guarda relación con el énfasis que supo poner el construccionismo social sobre la incuestionable importancia del lenguaje, y sobre la naturaleza discursiva de unas entidades y de unos fenómenos psicológicos que convenía des-naturalizar, des-esencializar, y arrancar a la supuesta «interioridad» del individuo. Aunque algunas de las formulaciones socioconstruccionistas puedan prestar el flanco a la acusación de caer en cierto idealismo lingüístico, no creo que esto sea generalizable a la mayor parte de los análisis construccionistas, ni que constituya un problema importante. El problema radica más bien en que la necesaria atención prestada al ámbito de la discursividad no haya ido de la mano de un igual interés por el campo, amplísimo, de las prácticas de carácter no discursivo. Se han dejado de lado los objetos que ejercen sus efectos por medios esencialmente no lingüísticos, tales como son el cuerpo, ciertas tecnologías o las propias estructuras e instituciones sociales. Esta «parcialidad» no es grave porque nos haya privado de ciertos conocimientos sobre objetos interesantes, sino porque, por decirlo de alguna manera, ha «desequilibrado» el socioconstruccionismo haciéndole olvidar

la importancia de las condiciones materiales de existencia. No solo se ha ignorado aquello que actúa con independencia del discurso, sino que se le ha «invisibilizado» con todas las consecuencias que se desprenden de este tipo de operación.

La segunda línea argumentativa tiene que ver con la incapacidad, o quizás con las resistencias, del socioconstruccionismo para extraer las consecuencias explícitamente políticas de sus propios presupuestos, y para desarrollar una intervención en el plano teórico y en el plano de las prácticas, que estu-

viese en consonancia con el carácter insostenible de las condiciones de existencia que nuestro modelo de sociedad impone a la inmensa mayoría de los seres humanos y con la insoslayable urgencia de construir un mundo distinto.

A mi modesto entender estas dos líneas argumentativas son las que conviene afrontar en lo inmediato para desembarrancar al socioconstruccionismo de los escollos en los que se encuentra prendido, o para elaborar la agenda de una nueva orientación que ya encontrará, en su momento, otra denominación.

### Referencia bibliográfica

- GERGEN, K. J. (1982): *Toward transformation in social knowledge*. Nueva York, Springer Verlag.  
 — (1985): «The social constructionist movement in modern psychology.» *American Psychologist*. 40, 3, 266-275.